

De los Días Perdidos.

El Plato de Locro

Los recuerdos de la infancia son imborrables; quedan grabados en la memoria para siempre, y aunque pasen muchos años permanecen nítidos, vivos, inconfundibles sus imágenes en la hondura recóndita del ser. Esas experiencias de vida de los primeros años — alegrías, sufrimientos, observaciones sobre el misterio y lo maravilloso de ciertos fenómenos — es imposible desprenderlas de la mente como se arranca una línea de un libro, para olvidarla y no acordarse de ella nunca más.

Digo esta, a modo de preámbulo, por considerarlo fundamental en lo que voy a narrar. Es un episodio triste de mi aporreada existencia, vivido allí por el año 1909, cuando yo era un niño, y acaso por lo mismo impactó profundamente en mi espíritu, pues fue un golpe tan recto, y propinado a manivela por el destino, cuando recién empezaba a vivir.

Mi padre, del que siempre fui su "negro" regatón, bebía demasiado, y era raro el día en que a la hora crepuscular, cuando los murciélagos abandonaban la casa administrada en bandadas impresionantes, él no estuviera borracho. Tenía mala cabeza, perdía los sentidos con el licor; se ponía acrevido y era capaz de agredir al más pintado, con cualquier objeto que tuviera a la mano, cada vez que se hallaba en ese estado. Y cuando no tenía con quién desahogar su ira, cargaba con mi madre, a la que golpeaba y ofendía con ese vocabulario procaz de los hombres que se han entregado por completo al vicio del alcohol.

Vivíamos solos, los tres, en una vieja casa solitaria que se levantaba en la falda del cerro, a orillas del camino que bifurcaba las minas desde "Gampachi" hasta el "Calicanto". Allí no había a quien llamar cuando las escenas violentas se pro-



veíamos durante largo tiempo, sollozando impotentemente frente a nuestra desgracia, apretadas las manos y hisbiendo las palabras del perdón, que nos brotaban amargas como en una po-

neza comulada de lágrimas.

Esas curdas y las gúspas se repetían a menudo; nuestro sufrimiento era cada vez mayor, una amenaza constante, un mal desgraciado y sin remedio. Y los entonces cuando yo empezé a rebelarme y a sugerir a mi madre que debíamos librarnos, y que para lograrlo teníamos que abandonar el hogar y dejar solo allí al causante de nuestros sufrimientos. Tanto le suplicaría, con mis torpes palabras y mi emoción de niño herido en la más pura de su rápido sentimiento, que ella se convenció, y un día, cuando él bajó a la mina, a ver a sus herreros y apirétera piqueros, nosotros echamos nuestra ropa en un par de bolsas y partimos hacia la casa de la señora de un arriero que vivía en un lugar distante, en uno de los ranchos dispersos de "El Figue". Llegamos cansados, después del mediodía; ella con la bolsa más grande, que llevaba a la cabeza, y yo con el estado más pequeño, que había cargado a la espalda con improvisados atoles.

Comimos temprano en aquella casa, pero había que parir luego con el arriero, que saldría con su tropilla de

unos un polero "garpacho" compuesto de trigo "pellado" y papas, al que se agrega una capa de "color" en el momento de servirlo. Estaba delicioso; tenía un agradable sabor de comida exquisita que yo jamás había probado. Es posible que tuviera hambre en aquel momento, lo que pudo haber contribuido a que disfrutara de tan frugal comida como si se tratara de un verdadero manjar.

Después partimos con el arriero, que nos aporció un asno de regular alzada con una especie de albarda, en el que se acomodó mi madre, llevándose a mí, a horcajadas, sobre el duro barren. Nos anocheció en el llano, y allí dormimos sobre los pellicos, bajo el dosel del cielo que parecía una bendición de Dios iluminando nuestra soledad de aquella noche en que llamamos bayendo de nuestro destino, hasta entonces tan cruel, en busca de otros horizontes y de una nueva vida.

Lo demás creo que ya lo he contado en otros "días perdidos" de viejas crónicas y si he traído a colación estos recuerdos ha sido para destacar aquel plato de locro, sabroso e inolvidable, con que nos despedimos del hogar minero de mis primeros años, el que si bien es cierto me brindó días felices, también me ofreció noches terribles que fueron un verdadero calvario.

La aventura del hombre es sacrificada y penosa, así siempre, desde la niñez, como en mi caso. Pero sirve para templar el espíritu, como se endurece el acero luego de calentarlo al rojo para darle, en seguida, la consistencia que se requiere, al enfriarlo en el agua.

Estas experiencias, a pesar de la lejanía del tiempo en que ocurrieron, no las he olvidado jamás. Y allí están "vivos" para recordarnos en la soledad y el silencio de las noches en que debo escribir para esta página del diario. Es emborronoso y un tanto difícil hacerlo porque durante el momento en que siento

661281

El plato de Locro [artículo] Homero Bascuñan.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bascuñan, Homero, 1901-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El plato de Locro [artículo] Homero Bascuñan.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile